

La predisposición a los accidentes

Por ENRIQUE GUARNER

A lo largo de la historia pocos deportistas han sufrido tantos accidentes como el beisbolista Mickey Mantle. En la escuela secundaria cuando jugaba fútbol americano tuvo una fractura en una pierna que le dejó como consecuencia una infección crónica de la tibia. Posteriormente después de un año en las Ligas Mayores fue sometido a una intervención quirúrgica en el hombro. Más adelante al robarse una base se rompió un pie. En otra temporada se desgarró el tendón de una corva. Para poder jugar Mickey tenía que vendarse fuertemente sus dos piernas y aún así con frecuencia aparecían manchas de sangre en sus extremidades inferiores. En realidad, este gran atleta se rehusaba siempre a quedarse en la banca y sostenía la teoría de que había que vivir el momento puesto que nadie en su familia sobrepasó los cuarenta años de edad.

Mantle nació el 20 de octubre de 1931 en Spavinaw, que es un pueblito de Oklahoma. Su padre, un gran aficionado al beisbol, le puso el nombre de Mickey por su admiración a Mickey Cochrane, quien en realidad se llamaba Gordon; pero que posiblemente fue el mejor catcher de la historia de ese deporte.

Desde sus primeros años el progenitor empujó a su vástago a ser impulsivo, mostrar agresión y a vencer cualquier contingencia que se opusiera a su triunfo.

En 1949 Mickey Mantle fue descubierto por un buscador de Yankis y de inmediato enviado a la sucursal de este equipo en Newark. Sin embargo, allí no logró destacar mayormente hasta que su padre enfermó de leucemia, intervino para evitar que dejara el beisbol.

Fue así como en 1951, el mismo año en el que Joe Dimaggio dejó el jardín central de los Yankis, Mantle llegó para sustituirlo y en 80 partidos bateó 13 homeruns. Sin embargo, en el segundo juego de la serie Mundial ya se lesionó la rodilla y no pudo continuar participando.

A partir de 1952, aunque

los accidentes se repitieron, el pelotero ambidiestro se convirtió en una verdadera estrella y los palos y vuelta entera comenzaron a medirse de acuerdo con los que Mantle pegaba. Uno de ellos fue a dar hasta la fachada del «Yankee Stadium» y se midió en 600 pies. En el estadio de Washington propinó otro más que se calculó alrededor de los 565. El manager Casey Stengel aseguraba haber visto una pelota golpeada por el «tumbabardas» que viajó por cinco minutos sobre el «Cominsky Park» de Chicago.

En 18 temporadas el jardín central de los Yankis llegó en dos ocasiones a pegar 50 homeruns y por cuatro más obtuvo ese título en la Liga Americana. Durante su carrera y a pesar de las frecuentes lesiones que le impedían jugar con regularidad, Mantle alcanzó un total de 536 palos de vuelta entera. En 1956 ganó la triple corona que incluye; hits, homeruns y carreras producidas. Actuó en 20 juegos de las estrellas y se le consideró como el pelotero más valioso de los años: 1956, 1957 y 1962.

Mickey Mantle participó en 12 series mundiales, en las cuales alcanzó 18 homeruns y produjo 40 carreras, marca que sigue siendo la más alta de la historia del beisbol. En 1974 entró al Salón de la Fama que se encuentra en Cooperstown, Nueva York. Un accidente es una contingencia o suceso eventual al alterar el orden regular en el que acontecen las cosas. Por lo tanto, su característica fundamental es la falta de planeación, la cual determina una lesión o un daño. Podría afirmarse que estos incidentes representan la causa de mayor mortalidad entre las edades de 3 y 35 años y que apartir de esa fecha solamente son superados como motivo de defunción, por las enfermedades del corazón, el cáncer y los trastornos vasculares.

Los accidentes ocurren a cualquiera y en las diversas actividades humanas, pero los más frecuentes suceden en el hogar o al conducir un automóvil. Estos últimos han dado lugar a un sinnúmero de preocupaciones a los ingenieros y diseñadores de vehículos, así como a los constructores de carreteras. Solamente en los Estados Unidos representan alrededor de 50000 muertos por año y un cuarto de millón de individuos que sufren graves lesiones, las cuales requieren hospitalizaciones, cuidados médicos, convalecencias, etc.,

que significan una enorme pérdida económica y social.

Lógicamente cuando hablamos de una predisposición hacia los accidentes tenemos que tomar en cuenta el aspecto de la exposición hacia situaciones peligrosas, puesto que resulta natural que una persona que conduce 100000 kilómetros por año, se arriesga más que aquella que maneja 1000 kilómetros en el mismo tiempo. Un beisbolista como Mickey Mantle está siempre comprometido a dar más de sí que un médico que lleve una vida sedentaria.

Desde el punto de vista histórico Sigmund Freud se anticipó a la versión moderna de la propensión a los accidentes cuando en 1901 en «Psicopatología de la vida cotidiana» afirmó: «Muchos de los daños accidentales presentan un aspecto que podríamos clasificar autolesiones. Son como impulsos en la búsqueda de un castigo expresados en forma de reproches que resultaban ayudados por elementos externos».

Un año después en el famoso caso Dora, Freud reportó que el señor K., un amante rechazado por la paciente, fue atropellado por un carruaje al verla de lejos. De acuerdo con el psicoanalista se trató de la expresión de un indirecto intento de suicidio.

En 1919 apareció un estudio estadístico de Greenwood y Wood quienes observaron en varias fábricas que existían trabajadores con una gran susceptibilidad a sufrir un mayor número de accidentes. A partir de esa fecha fueron apareciendo aportaciones psicoanalíticas de Adler, Dunbar, y Alexander, quienes confirmaron la idea de que determinados individuos presentaban una fuerte tendencia a padecer por incidentes externos.

Podría incluso afirmarse como un hecho que existen variedades en relación a la susceptibilidad hacia los accidentes. Las personas inmunes serían aquellas que procuran una gran seguridad en sus acciones. Sus padres les han satisfecho sus necesidades de afecto y autoestima, desarrollándoles habilidades manuales y de movimientos a las cuales recurren ante el peligro y la emergencia. En general, resultan individuos que se preocupan por los demás y evitan la conducta irresponsable.

Los repetidores de accidentes suelen ser inquietos, impulsivos, con grandes montantes hacia la agresión y hasta intolerantes.

Generalmente muestran inestabilidad emocional, sufren de tensión y no tienen paciencia frente a las frustraciones que la vida representa. Resulta común el que crean en el factor suerte y ante cualquier emergencia toman una posición de riesgo. Estas personas desarrollan el hábito hacia los accidentes y es curioso observar cómo antes de que el hecho suceda ya habían sentido la inclinación al peligro del que milagrosamente lograron salvarse. Por ejemplo, en un buen número de los choques automovilísticos al reconstruir el evento puede observarse que desde tiempo atrás el conductor se exponía al mismo y por una idea omnipotente había conseguido evitarlo. Sería una manera de abandonar las precauciones que con anterioridad se habían guardado. En los niños podemos contemplar lo previo cuando aprenden a controlar sus movimientos y las lesiones se producen al soltarlos más de lo debido. En conclusión, la función autopreservadora resulta básica para evitar los accidentes.

Se me dirá que la mayoría de los seres humanos los sufrimos temporalmente, lo cual es válido, pero aquí nos estamos refiriendo a una predisposición a las causas psicológicas que en ella intervienen. Por supuesto que no descarto las enfermedades físicas, la fatiga, el insomnio, el hambre, el aburrimiento y sobre todo el alcohol y las drogas. Estos elementos, así como el que estemos o no distraídos y preocupados, constituyen causas básicas que debemos tomar en cuenta.

Algunos psicoanalistas también han encontrado un aspecto suicida o la búsqueda de autocastigo en la predisposición hacia los accidentes. En «Man against himself», Karl Menninger ha hecho hincapié en el fundamento autodestructivo que propositivamente demanda una contingencia. Ello resulta bastante real sobre todo en aquellos que arriesgan su vida limpiando una pistola cargada, escalando una empinada montaña, o toreando en un ruedo.

En el caso de Mickey Mantle su reto era muy grande puesto que tenía que superar a dos extraordinarios antecesores; Babe Ruth y Joe Dimaggio. Frente a ellos aunque alcanzó el triunfo, tuvo que arriesgar más de la cuenta y sufrió muchísimas lesiones, por su predisposición a los accidentes.